

# Manuel Gómez

Tengo sangre valenciana y vasca pero no nací en ninguno de estos sitios y además me crié en Galicia. He tenido que abrir los ojos muchas veces. Fui educado, afortunadamente, en la creencia de que no hay mayor error que el sabio refrán español piensa mal y acertarás. Vida confiada que un par de chascos no consiguieron cambiar de rumbo. Y llegados aquí me dedico a cultivar amigos, amor y el íntimo deseo de no tener que empujar y correr tanto cada día.



# LA MÁQUINA DEL TIEMPO

He inventado una máquina para viajar en el tiempo.  
Por ahora sólo sirve para ir hacia delante, al futuro.



Todos los científicos coinciden en que lo verdaderamente difícil es viajar en el tiempo hacia atrás, viajar al pasado, y en mis investigaciones he visto que es así. Sin embargo, desplazarse en el tiempo hacia el futuro, aun siendo un problema de enorme complejidad, es posible.

Mi máquina del tiempo presenta dos versiones. Una para hacer lo que llamo D.T.C. (Desplazamientos temporales cortos) y otra para hacer D.T.L. (Desplazamientos temporales largos)

Tengo el orgullo de presentar mi máquina con la certeza de saber que soy el primer inventor de la historia de una máquina del tiempo. Esto no lo digo sólo porque no tengamos noticia de ningún hombre que la haya inventado antes, sino porque también podemos constatar que en el futuro tampoco ha existido nadie que la haya inventado. Digo esto ya que nunca hemos recibido la visita de ningún hombre del futuro, es decir que haya podido viajar del futuro hasta por lo menos nuestro tiempo presente.

Aunque bien pensado, lo absolutamente cierto es que de lo que no tenemos noticia es de que en el futuro se haya inventado una máquina mejor que la mía para viajar en el tiempo; es decir, que sirva también para viajar hacia atrás. Dicho esto sigue siendo cierta mi afirmación de que soy realmente el inventor de la primera máquina del tiempo. Esto nos hace constatar dos cosas, la magnitud de los problemas a los que nos enfrentamos, y la enorme dificultad de viajar al pasado ya que habiendo una máquina del tiempo desde el año 2010, la mía, y por lo tanto pudiéndose apoyar alguien en mis investigaciones, no ha habido en el futuro nadie que, aún aprovechándose de mi invento, repito, haya conseguido incorporar el viaje al pasado.

Como ya he dicho mi máquina del tiempo presenta dos versiones, las he llamado de la siguiente manera:

1<sup>a</sup>. «SI»

2<sup>a</sup> «SO»

La máquina SI es para los D.T.C., y la máquina SO para los D.T.L.

Curiosamente el verdadero problema de una máquina del tiempo no es tecnológico sino conceptual. La tecnología de mi máquina del tiempo es muy básica y sencilla, no reside aquí el problema. Donde he tenido que invertir mucho esfuerzo es en las reflexiones sobre el concepto del tiempo.

Desde mi punto de vista el tiempo es lineal. Esto ya es una declaración de intenciones, un auténtico punto de partida. Las frases del estilo de «la historia se repite» no hacen más que confundirnos. No estamos en ningún tipo de orden cíclico, o siquiera en espiral, donde las cosas vuelvan a suceder. No, el tiempo es lineal y siempre va hacia delante. Cada hombre es un ser histórico, dispone de un tiempo que le es propio y que vive con una fecha de inicio y otra de final, tal como vemos en los libros cada vez que se habla de algún hombre que ya ha muerto; por ejemplo: Juan Sebastián Bach (1685-1748). Es así de sencillo, cuando nacemos ya se puede poner una fecha junto a nuestro nombre; la otra no se puede poner hasta que morimos.

Todos los que han reflexionado sobre el tiempo lo han hecho también sobre el espacio. Son dos conceptos que habitualmente se han manejado como estrechamente vinculados. Yo, de entrada, me veo obligado a hacer alguna reflexión en este sentido, aunque luego veremos que hay que ser muy precisos al tratar las relaciones de tiempo y espacio,

ya que si se manejan en paralelo, y con poco cuidado, se cometen algunos errores de bulto.

Moverse en el espacio es algo natural y podemos comprobar en nuestra propia casa lo fácil que es desplazarse de un sitio a otro e incluso volver al primero. Vivir dentro del tiempo también es algo natural, tan natural que sólo en fechas señaladas, por ejemplo un cumpleaños, hacemos algún tipo de consideración sobre el paso del tiempo. Ahora bien, moverse en el tiempo regresando, como podemos hacer en el espacio, hasta el momento ha sido imposible. Así pues, repito, hasta la fecha, nadie ha podido «andar hacia atrás» en el tiempo. Pero lo interesante aquí es caer en la cuenta de que el tiempo es lineal. Nos «movemos» siempre hacia delante, del presente al futuro; este es el movimiento natural.

Si queremos ver a alguien nos citamos con él: «quedamos mañana a las ocho y diez». Este simple hecho, que hacemos con tanta frecuencia, es de una temeridad enorme y a la vez manifiesta una gran confianza ya que ¡las ocho y diez de mañana todavía no existen!

Los turolenses gritan: ¡Teruel existe! Y este grito, que les sale del alma, está cargado de razón: ¡Podemos quedar con alguien en Teruel e incluso podemos ir a Teruel! Teruel es un lugar que existe y quedar con alguien en Teruel es algo natural y, sobre todo, posible. (Aunque se haga en muy pocas ocasiones. Yo mismo nunca lo he hecho, pero este es un problema mío, no de Teruel.) Ahora bien, quedar con alguien en un sitio que no existe es sencillamente absurdo y, por lo tanto, cosa de locos.

Sin embargo, quedar con alguien a una hora que no existe no sólo es lo normal sino que es lo que hay que hacer.

Quedar en el tiempo no es como quedar en el espacio. Aunque solo existe el presente, y no el futuro, confiamos en que llegarán las ocho y diez de mañana. Estamos acostumbrados a ello y una sencilla demostración de este esperar con tranquilidad el futuro es que existen las neveras. Queremos disfrutar del momento presente, comer hoy, pero también estamos convencidos de que «mañana» es un tiempo real y por eso guardamos alimentos en la nevera. Es algo que todos consideramos un comportamiento normal.

Permitanme una pequeña digresión: ¿Hasta qué punto hay que ser previsores con respecto al futuro? Difícil respuesta. Está claro que cuando vemos que alguien está muy condicionado para actuar en el momento presente por lo que pueda pasar en el futuro lo consideramos un problema. Cuando una persona cree más reales los hipotéticos problemas que puedan surgir en el futuro que las circunstancias del momento presente, esta persona entra en un estado de incapacidad de toma de decisiones que deriva en una incapacidad para disfrutar del momento que sí está viviendo. Así pues, repito la pregunta: ¿cuánto nos debe condicionar la previsible existencia del futuro? ¿Dónde está el límite? Una buena respuesta nos la han dado los fabricantes de neveras. Lo que cabe en una nevera es suficiente como previsión de futuro. Si vamos a casa de alguien y vemos que tiene cinco neveras llenas de alimentos entendemos rápidamente que esa persona tiene un problema. Todos los dueños de chalets que añaden a su nevera normal un frigorífico horizontal terminan olvidando cuántos y qué alimentos tienen. ¡Demasiada previsión de futuro! El tamaño de una nevera es una buena metáfora que sirve para medir si la influencia del futuro sobre el momento presente se mueve en unos parámetros admisibles.

Si con frecuencia nos caducan alimentos y tenemos que tirarlos pensemos si no estamos en general viviendo de una manera un poco histérica.

Pero volvamos al problema de la «no existencia todavía» del futuro. En el tiempo, al contrario que en el espacio, lo natural es quedar con alguien en un momento que todavía no existe. Lo natural es quedar a las ocho y diez de mañana. Cuando nos compramos una agenda nos aseguramos de que es para el año que viene y no del año pasado. ¡Nadie necesita anotarse cosas para los días que ya han pasado! Aquí, lo que es de locos es hacer planes para el tiempo pasado aunque tengamos la certeza de que este tiempo sí ha existido; lo natural es hacer planes para el futuro.

El tiempo que no existe todavía se va creando segundo a segundo y a la vez va desapareciendo segundo a segundo. Así pues, el tiempo es lineal en un permanente acto de creación hacia delante. Por eso nuestra actitud ante el tiempo tiene una doble manifestación: como los enamorados queremos disfrutar del presente y no esperar a mañana; pero también nos compramos agendas del año que viene ya que es propio de los humanos hacer planes, y los planes se hacen pensando en el futuro.

Einstein, para explicar un poco sus consideraciones sobre el tiempo, puso el ejemplo de qué pasaría con dos hermanos gemelos si uno viajase a la velocidad de la luz y otro se quedase en la Tierra. La consecuencia es que dejarían de ser gemelos. Al regresar uno de ellos de su viaje de un año a la velocidad de la luz encontraría a su hermano diez años mayor que él. Si sales de viaje este año 2010 llegar al 2020 te costará un año de tu tiempo a la velocidad de la luz. De aquí puedo deducir que para Einstein viajar en el

tiempo es posible, pero viajar hacia atrás o incluso poder volver al punto temporal de partida es imposible. Por muy rápido que viajemos en el tiempo, según Einstein, nunca podremos volver al mismo instante temporal del que hayamos partido. Imagínense las dimensiones de las dificultades a las que nos enfrentamos. Y si el propio físico alemán no pudo solucionar este problema, no esperen que yo lo haga; si él no pudo yo tampoco, y no pasa nada. Que no aporte más luces al problema del viaje al pasado no dice nada en contra de mi inteligencia.

(¡Me habría gustado tanto superar al propio Einstein! Me he estrujado la cabeza, se lo aseguro, pero no he podido, mi cerebro no es capaz de comprender el viaje al pasado. Porque si voy al pasado ¿adonde voy? Si admito que esto es posible estoy admitiendo que hay una forma especial de existir, ya que podría ir a «momentos» donde hay hombres que ya han desaparecido, que han muerto. Es decir, habría un «lugar» donde existen los hombres y las cosas pasadas. ¿Cuál es ese lugar? No existe. Y si lo admito, ese «lugar» no puede ser otro que el mismo tiempo. Una especie de Tiempo absoluto que existe independientemente de todo y en el que se anclarían las existencias, cada una en su duración. Existencias limitadas por dos fechas, ni repetitivas ni cíclicas sino, podríamos decir, mantenidas; de tal manera que cabría afirmar que cada uno en su propia duración existe siempre.

La dificultad de pensar en el tiempo sin emplear palabras referidas al espacio es mayúscula y sólo lleva a confusiones, pero a la vez se me hace inevitable emplearlas. Así podría decir que todos nos movemos sobre el tiempo como si este fuese una regla que en vez de centímetros tiene segundos y horas. En esa «regla» estaríamos todos «quietos» cada uno en su duración. Viajar en el tiempo sería poder desplazarse

por la regla atrás y adelante ajenos a la propia duración... pero como ven ya estoy hablando del tiempo como si fuese espacio. De nuevo la mezcla y la confusión. Mi cabeza se aturde y rechaza cualquier pensamiento sobre la posibilidad de viajar al pasado como si fuese un calambrazo contra la lógica. No puedo.)

Para Einstein, ¡maldito genio!, según mis entendederas de hombre de letras, la clave del viaje en el tiempo es aumentar la velocidad de nuestro desplazamiento en el espacio. Cuanta más velocidad adquirimos mayor tiempo recorremos (en menos tiempo). Es decir, podemos llegar antes a un tiempo futuro. Claro está que hace falta mucha velocidad para conseguir esto. Einstein habla de viajar a la velocidad de la luz. Fabricar la máquina que consiga moverse a esta velocidad plantea unos problemas técnicos enormes y muy caros (en mi actual situación ni siquiera me he atrevido a empezar alguna gestión para conseguir inversores para construir semejante máquina). Mi invento, por ahora, tiene ambiciones más modestas.

En las pruebas realizadas he comprobado una cosa sorprendente. La sensación de velocidad aumenta cuanto mayor es el desplazamiento. Así, para los D.T.C los viajes transmiten a mis «crononautas» una sensación de lentitud y hasta de gran lentitud; mientras que para los D.T.L. la sensación, incluso para un desplazamiento de varias décadas, es de una gran velocidad. ¿Por qué sucede esto? Es una interesante pregunta sobre la que reflexionaremos más adelante.

Ahora les voy a pedir que dejen de pensar en el tiempo tal como se ve en los relojes; es decir, como unas manillas que van recorriendo una longitud, un espacio que, además,

se representa de forma circular. Preguntémonos ¿qué es el tiempo? Curiosamente está pregunta sólo empieza a estar seriamente presente en la filosofía desde hace poco más de doscientos años. Kant afirmó que el tiempo pertenece a la subjetividad pura, es una forma donde aloja mi experiencia. Es decir, el tiempo es algo a priori, que no conozco por la experiencia, sino al contrario: es, junto con el espacio, la condición indispensable para que yo tenga experiencia. Para Kant el tiempo es una intuición pura que pertenece a la subjetividad pura. (Como ven a Kant le gusta el adjetivo «pura»; hasta tal punto que cuando habla del hombre me da la impresión de que también habla de un hombre «puro» y no del hombre real. Pero este no es el tema que estamos tratando.)

A Schopenhauer la percepción del tiempo le hace sufrir. Kierkegaard ve al hombre como algo concreto, temporal, en devenir, situado en un modo de ser que llamamos existencia por un cruce de lo temporal y lo eterno, sumergido en la angustia (Kierkegaard, como ven, maneja muy bien las palabras importantes y gordas).

Nietzsche, creo yo, se hace un lío con este tema; no es, en teoría, tan pesimista, ya que pone el acento en el valor del individuo y en la voluntad de vivir. Pero habla de un eterno retorno en el que el hombre se va superando, ¿qué quiso decir? No lo sabemos ya que se volvió loco.

Pero bueno, lo interesante hasta el momento es ver que cada hombre dispone de un tiempo, una duración, y que esa duración tiene mucho de indefinible aunque nos podamos inventar sistemas rítmicos para medirla. Es más, para los filósofos nuestra capacidad de medir el tiempo no soluciona ninguna de las preguntas fundamentales sobre el tiempo.

Las sensaciones de mayor o menor velocidad cuando se viaja en el tiempo tienen su verdadero fundamento en la consideración del tiempo como algo vivo, representado ante la conciencia como una duración, una movilidad. Dice Bergson que lo que sí tiene el tiempo es una dirección, son momentos insustituibles e irreemplazables. El tiempo es algo sólo al alcance de la intuición.

Así, el viajar en el tiempo nos da experiencias que de otra manera no se pueden tener. Todos los que han hecho satisfactorios viajes en el tiempo tienen dos sensaciones contrapuestas. Por un lado les gustaría explicar a los que todavía no han hecho un D.T.L. muchas de las cosas que su intuición ha percibido con certeza; pero por otro lado saben que no sirve de nada explicar estas intuiciones que da el tiempo como duración. Estas cosas solo se aprenden viajando y de nada sirve explicarlas. Cada vez que veo a alguien que después de utilizar el SO (viajes de D.T.L.) habla a gente sin experiencia en este tipo de viajes me da un poco de miedo. El problema es que estas personas no han sabido asimilar bien su viaje, y terminan diciendo vaguedades o cosas del estilo de «vive a tope», «aprovecha el momento», sin darse cuenta de que explican más su trauma que su experiencia y, sobre todo, no se dan cuenta de que los que les oyen no saben interpretar lo que dicen.

En la literatura se han hecho muchas hipótesis con los viajes en el tiempo. Es curioso comprobar que abundan más los viajes al pasado que al futuro, pero especialmente es sorprendente ver que la gente, en los viajes al pasado, es mal recibida. El que viaja al pasado, según la imaginación de los escritores, y al llegar saluda diciendo «hola, vengo del futuro» recibe por respuesta una somanta de bofetadas. Por el contrario, tras hacer nuestro experimento, podemos afirmar

que en el viaje al futuro no se plantea este inconveniente. Nadie recibe con sorpresa ni miedo a alguien que dice «hola, vengo del pasado».

La sociedad del futuro, más avanzada que la nuestra, acepta sin problemas a la persona que llega a ella desde el pasado. Esto ya lo vi claro tras hacer mi primer viaje en el tiempo; me acerqué con cuidado a un grupo de personas y les saludé «hola, vengo del pasado», sólo recibí como respuesta una mirada displicente y unas educadas sonrisas. A continuación siguieron charlando de sus cosas; ninguna pregunta. Así pues, podemos afirmar, como ya he dicho, que no hay problemas de aceptación en los viajes al futuro; si bien se producen otro tipo de problemas, en especial el total desinterés por el crononauta.

A falta de poder enseñar unos planos, ya que no he encontrado a ningún ingeniero que quiera colaborar, diré que la máquina SI (útil para los D.T.C.) tiene forma de silla, y que la máquina SO (para los D.T.L.) tiene forma de sofá. Gracias a ellas podemos viajar en el tiempo. Reconozco que no son muy rápidas, ni por asomo se acercan a la velocidad de la luz, pero lo fundamental es que funcionan.

Mi máquina del tiempo, como toda máquina, necesita de parámetros medibles (en este caso un tiempo espacializado que se pueda contar) He optado por segundos, minutos, horas... La primera versión de mi máquina del tiempo funciona a tiempo real. Como ya me parece estar escuchando algunas críticas, diré que en el mundo de la informática se considera un enorme logro que los ordenadores hagan sus operaciones en lo que se llama tiempo real. Cada vez que sale un nuevo ordenador y consigue, por ejemplo, mover unos fotogramas sin retardos

y sin atascarse se nos vende como un avance espectacular. Pues bien, ¡mi primera versión de la máquina del tiempo ya funciona a tiempo real!

Las sensaciones de los que las han probado son las siguientes. En primer lugar aburrimiento. Viajar en el tiempo exige no hacer otra cosa que dejar pasar el tiempo, y eso es de una inactividad tan grande que los viajeros al poco de partir empiezan a poner caras raras y a rascarse a falta de poder hacer otra cosa. Es tan grande el aburrimiento que la mayoría de crononautas abandonan al poco de empezar (esto me recuerda que tengo que ser mucho más riguroso a la hora de aceptar viajeros y preparar un entrenamiento muy exigente para reducir el número de abandonos). Otra sensación es la ya aludida de la apreciación subjetiva de la velocidad del paso del tiempo. Los viajeros que han hecho un D.T.L., y aquí hablo de por lo menos cuatro o cinco décadas, afirman que el viaje se les ha pasado en un santiamén. Miran hacia atrás y no se creen el tiempo que ha pasado. «¡Cincuenta años! pero si parece que fue ayer cuando...» Esta opinión es unánime.

Cuando alguien quiere viajar aconsejo no hacer D.T.L. de más de cinco años. Un lustro es tiempo suficiente para que todo cambie y más en la vida personal. Si no me cree compárese usted mismo cuando tenía cinco y diez años, ¿se parecía en algo? quince y veinte años, ¿pensaba y quería lo mismo? venticinco y treinta, ¿mismo sitio donde vivía, trabajo, amigos ¡hijos!? Parece mentira pero bastan cinco años para que todo sea distinto aun siendo nosotros la misma persona. El viaje en el tiempo es así de impresionante. Para comprender una vida no valen las descripciones, es preciso contarla, narrarla. Un paisaje se describe, aquí un lago, allí un bosque y al fondo una

montaña; basta con esto para hacerse una idea bastante exacta. Pero para entender a una persona hay que ¡contar una historia! Y en cinco años pasan suficientes cosas.

Es importante utilizar cada máquina para el desplazamiento para el cual está prevista, en caso contrario surgen problemas. Por ejemplo, a los adolescentes les gusta más utilizar la máquina SO que la máquina SI. El problema es que sólo están capacitados para hacer D.T.C. Utilizar la máquina SO para hacer un desplazamiento temporal corto está contraindicado y más si se hace en una postura incorrecta, como les ocurre a estos crononautas, que se colocan para hacer sus viajes repanchingados o directamente tumbados. El resultado de un viaje hecho en estas condiciones es terrible. Cuando termina el viaje, el adolescente sale de la máquina SO en un estado abúlico y ante cualquier pregunta que se le hace en ese momento sólo sabe responder «no sé» o simplemente «no».

Los adolescentes, al no tener mucha práctica en el manejo del tiempo, cometan lo que podríamos llamar «patinazos temporales», llegando a confundir, por ejemplo, los D.T.C. con los D.T.L. Para ellos un año se puede convertir en una medida eterna; simplemente no son capaces de ver su final y se llega a contemplar cualquier acontecimiento que dure un año como si «toda la vida» fuese a ser siempre así. Sin embargo, los adolescentes, tienen a su favor un cierto impulso de apremio al hacer las cosas que hace que el rendimiento de su tiempo pueda ser inmenso. Un D.T.C. de dos meses, por ejemplo julio y agosto a los 14 o 15 años, puede ser un viaje temporal solo comparable al que una persona mayor hace en cinco años.

Casi estamos terminando. Todo mi empeño nace a partir del interés por la realidad de la vida y, por tanto, de la historia. Todos vivimos en un tiempo histórico pero no lo solemos vivir como tal. No me refiero a que ahora estén pasando acontecimientos de los considerados importantes, sino a la percepción de que todo tiempo es nuevo e irreemplazable. La máquina del tiempo nos da un modo de ser, una conciencia histórica.

Yo me puedo mover. Mi tiempo está destinado a pasar como los demás. Excluyo lo definitivo. Cada generación de viajeros tiene derecho a decir al principio de su viaje: ¡No hay derecho! Y también tiene derecho a decir al final de su viaje: ¡No sé a dónde vamos a llegar! Dice Simmel: la actualidad es un momento inextenso; no es tiempo, como el punto no es espacio (pasado y futuro sí son magnitudes temporales). El pasado ya no es pero es tiempo, el futuro no es todavía pero será tiempo; la realidad solo se da en el presente que es un momento inextenso. Todos nos movemos pensando que somos el culmen de algo, incluso pensando que el motivo de que haya existido tanto tiempo anterior a nosotros es para que existamos nosotros con nuestro contexto histórico. Es la vanidad a la que tiene derecho cada generación.

La vida, vivida subjetivamente, sí se siente como algo real en una extensión temporal. Me muevo porque vivo y la vida siempre aparece referida hacia el futuro. Solo para la vida es real el tiempo. El tiempo —concluye Simmel— es la forma de conciencia de aquello que es la vida misma en su inmediata concreción que no se puede enunciar, sino sólo vivir; es la vida, prescindiendo de sus contenidos.

El tiempo es la vida sin contenidos y sólo nosotros lo podemos llenar. Vivir, recorrer lo que nadie antes ha recorrido. Viajar. Hacer.

El fin del viaje. Podemos afirmar que todos los hombres que empezaron este viaje también lo han terminado, todos los hombres anteriores a nosotros han muerto. No podemos afirmar todavía, por muy previsible que sea, que todos los hombres que nos van a suceder morirán. Dice Heidegger que tan pronto como un hombre nace es bastante viejo para morir; a la inversa, nadie es bastante viejo como para que no tenga aún porvenir abierto. Todos morimos y a cualquier edad, cada uno tiene su duración. La muerte es tan cierta como incomprensible.

Mi máquina del tiempo, además de no poder viajar al pasado, también tiene, ¡por ahora!, otra deficiencia: tampoco ha conseguido un desplazamiento temporal superior al tiempo que va a vivir el viajero. Es decir, que alguien que va a morir en 2045 si comienza ahora el viaje no consigue llegar más allá del año 2045. No hay manera. Estoy estudiando el problema pero no le veo fácil solución. Porque la muerte es dejar de ser, y yo añado que es dejar de ser temporal.

Ahora tengo que terminar este escrito y despedirme de todos ustedes. Mañana voy a comenzar un D.T.L. especialmente difícil y de consecuencias inesperadas. La semana pasada cumplí cuarenta años. Lo celebré por todo lo alto y estuve muy acompañado. Fue un día estupendo. Pero ahora, pasado el ruido de la celebración, es ineludible que comience ya este viaje tan importante y para el que por primera vez en mi vida, tengo que reconocerlo, no me siento preparado. Ya no soy el de antes, no tengo las mismas fuerzas ni la misma ilusión; me encuentro un poco cansado y noto que mi

mirada sobre las cosas está cambiando. Por momentos, no me importa reconocerlo, tengo miedo.

Pero a la vez también tengo muchas ganas de hacer este viaje y de ser muy consciente de hacerlo. Esta vez no quiero que el tiempo pase sin que me dé cuenta, me gustaría tocar con las manos cada día y hasta cada hora. Esto es de las cosas que más me animan a emprender el viaje: antes sólo sabía que el tiempo existía pero ahora me empiezo a sentir un ser temporal.

No sé en qué día, mes y año estarán leyendo este escrito. Espero que por lo menos hayan pasado cinco o mejor diez años, y que, por lo tanto, haya terminado el viaje que ahora comienzo. Si en este momento levantan la cabeza y me ven pasar, también espero que no se encuentren con una persona muy seria, porque mi temor principal es que tras este viaje aprecie el tiempo en más de lo que vale, y ya no admita bromas en este tema (ni en casi ninguno).

Ya ven, hoy comienzo un viaje especialmente complicado. Por favor, recen por mí.

Un beso,

Matías.

(Crononauta) ■